



E S P A C I O A B I E R T O



Ramón Caride

El frío azul

ANAYA



Título original: *O frío azul*
1.ª edición: abril 2011

La versión original en gallego de esta obra fue galardonada con el Premio Lueiro Rey 2007, por un jurado integrado por Manuel Quintáns Suárez, Francisco Martínez Bouzas, Armando Requeixo Cuba, Ánxela Gracián y Mariña Pérez Rei.

© Sotelo Blanco Edicións, 2007
© Traducción: Juan Rodríguez Pastor, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-9479-4
Depósito legal: M. 8724/2011
Impreso en Anzos, S. L.
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva **Ortografía de la lengua española**, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



E S P A C I O A B I E R T O



Ramón Caride

El frío azul

Traducción de Juan Rodríguez Pastor

ANAYA

*Vén aventando serras a mociña,
mociña lúa do pandeiro novo.
Vaise mancar os pés nas carpaceiras,
non atranquedes as fenestras hoxe...*

RAMÓN OTERO PEDRAYO

*El tiempo de los vencedores siempre es
corto, y el tiempo de los derrotados,
inexplicablemente largo.*

JOHN BERGER

I

El viajero

Dicen, algunos, que Oseira viene de hueso; y como un hueso de la tierra, macizo y tieso, pelado y rígido, peñasco desnudo, se yergue ante el viajero el viejo convento. Inmenso, pero cansado, semejando cargar, en sus retorcidos tejados repletos de hielo, todo el peso del tiempo y del mundo. La nieve de la Sierra Martiñá, fría y densa como una maldición, se dispersa incluso hasta el camino real y atolla a las cabalgaduras. El temporal obstruyó el paso del Faro y, desde Chantada, llevó al viajero a los llanos de Villamarín; y luego por Biduedo y Cea hasta Porto do Souto, ahora único sendero abierto al convento, aunque con muchos obstáculos.

El viajero viene de muy lejos. No le lleva al solar de los frailes la devoción ni la piedad, más bien lo condujo el espanto. Anduvo largas jornadas desde sus montes del oriente, las tierras agrestes y distantes de los Ancares, ahora también anegadas en un diluvio de copos de nieve, hasta esta otra sierra.

Aunque no viaja solo, ¿y quién, en estos tiempos aviesos del año 1517, sería capaz de hacerlo por estos

caminos lejanos?, el séquito del viajero es pequeño. Dos hombres de confianza; uno abriendo camino y otro tras él con las dos bestias de carga, le hacen compañía. Bien podrían ser más, si juzgamos por la calidad del atavío, por la nobleza del porte, con la apostura de quien es dueño de sí mismo, o por la bravura del caballo.

El viajero es un hombre audaz, cercano a los treinta años, decidido. Hombre de caza o de guerra, bien pertrechado. Sin embargo, en su cara no solo resplandece el orgullo, sino que se evidencia también la tristeza, la huella de la tragedia o la de los remordimientos. Alza la voz a los suyos, para apurar el paso, imperativo, al ver el convento. Pero, en la bajada de las últimas pendientes, los copos de nieve azotan a la comitiva, otra vez, incesantes. El viento racheado, como un muro cortante, hace más duro el camino.

Bajo el arco, atraviesan el muro que marca las lindes del solar del convento, las tierras de sustento de los frailes. Finalmente, llegan a las puertas de la abadía. La mañana está mediada, pero aún no se asentó del todo la luz incierta del día, sumergida en la niebla. Un criado bate la aldaba, bajo la atenta mirada del amo, la faz comida por la impaciencia y la furia. Dentro, como sin percatarse, los frailes demoran la respuesta, ocupados quizá en los rezos cotidianos que marca, continuamente, la regla cisterciense.

Refunfuña el viajero y maldice su suerte. Al fin, un lego abre un pequeño postigo y deja asomar por él un rostro indiferente, entre perplejo y extraño. No es día de andar fuera, con semejante nevada. Ni esperan en el convento visita alguna de mérito; a qué vienen, por tanto, semejantes prisas.

—Mi amo es el heredero de la casa de Doncos. Viene de muy lejos para ver al abad. ¡Abrid!

—Yo no soy quien abre ni cierra las puertas —responde desde el interior la voz de un mozo, posiblemente un novicio—; solo cumplo los mandados; pero daré recado de vuestra llegada.

Se cierra de nuevo el postigo. El temporal arrecia. Los visitantes, fuera, aguardan y maldicen otra vez. Pasan minutos interminables, que más parecen horas, después de los días y noches, laboriosos, empleados en el camino hasta esta puerta atrancada. Aparece, finalmente, otro monje y escucha de nuevo la petición de entrada. El diálogo se repite otra vez, con pocas variantes.

Considera el fraile, con mirar desconfiado, las razones y la apariencia de los tres hombres, y tras otra corta espera, se abre el portal. Entran todos, hombres y animales, en un portal de techos altos, y firmes vigas y muros. Aún no es el interior del convento, sino una nueva estancia para aguardar y añadir detalles al interrogatorio del monje, a quien viene a unirse otro que parece tener más autoridad.

Sobre las losas de piedra, gotea la nieve que había caído anteriormente sobre los viajeros y sus caballerías. En una de las mulas va un extraño fardel de cuero alargado, cosido con puntadas bastas, y doble hilo en todo el alrededor. El amo mira este atado con insistencia, como si en él le fuera la vida.

Furioso y dolido por las reticencias, el viajero prescinde de los criados y se encara con los frailes:

—Yo soy Egas, mi padre es amo de la torre de Doncos. No tengo que dar explicaciones a ningún fraile de mierda. Vengo para ver al abad de Oseira. Eso es todo cuanto tenéis que saber. Llevadme ante él, ¡ahora! Estoy harto de chácharas.

—Creedme, señor —dice el fraile más viejo, que fue el último en llegar—, si os digo que entiendo vuestro

enojo. Venís de lejos y sois de alta cuna; pero en esta casa nadie es dueño de nada, no siendo Dios, nuestro único señor verdadero, y la Orden que obedecemos, por la voz de nuestro abad. La regla de la Orden es la que rige aquí dentro, por la gracia del Altísimo; y así, aunque nuestro superior os quisiese escuchar, que no soy yo quién para decirlo, ahora no puede, porque está ocupado en otros menesteres.

—Pero...

—Dejadme terminar —corta el viejo fraile, con un gesto decidido de las manos, el vano intento de réplica—, si os queréis acoger a nuestra hospitalidad, dispondremos vuestro alojamiento con nosotros. Y también para vuestros hombres y las caballerías en los cobertizos de la servidumbre. Vos mismo, tras explicarme en privado por qué queréis ver al abad con tanta urgencia, tomaréis aposento en el convento hasta que él tenga a bien hablaros, si es esa su voluntad. La regla del Císter, y las de nuestro padre Benedicto, no admiten imposiciones de ningún poder terrenal intramuros de Dios, como ya dije. Si no os place así, podréis seguir vuestro camino cuando cese el temporal, tras reponer fuerzas, en la paz del Señor.

Bufa Egas con ira; pero, asiente, resignado. «Monjes del carajo», piensa, «no hay otro camino». Manda a un criado seguir con su bagaje a un fraile, claustro adelante, hasta el cuarto que le dispusieron; y al segundo, a la cuadra con las caballerías. Reserva para sí el extraño saco de cuero que sobresale de la albarda, sin dejar que nadie lo toque, y traspasa la entrada del recinto sagrado.

En una de las revueltas, el saco roza los hábitos del páter que lo acompaña, quien no puede sino estremecerse, como si hubiera tocado algo diabólico. El fardel tiene toda la frialdad del mundo, y a cada paso deja

caer minúsculas gotas de humedad, como un llanto incesante sobre las losas. El guerrero, vestido para la intemperie, suda ahora al transitar por los abrigados corredores del cenobio.

Transpira el visitante no solo su impaciencia y su cólera, sino también un hedor viejo, de hace muchos días. Huele a intemperie y a precipitación. Como si su largo viaje hubiera sido también repentino, impuesto por la fuerza de las circunstancias. «Imprevisto», medita el fraile, incómodo. «Viaje imprevisto nunca es cosa buena»; y este fardo que lleva, tan frío y pesado, le desconcierta. El monje, pese a su cargo de relevancia en el convento, no gusta de imprevistos. Pero debe obediencia al abad, y fue el mismo abad quien, al escuchar aquel nombre, Doncos, había decidido mandarlo a indagar en persona, y había ordenado abrirle paso.

Atraviesan otros dos claustros, tras el primero, y suben unas escaleras. Las botas de Egas, guarnecidas de hierro, resuenan como campanadas en los escalones de piedra, más acostumbrados al silencio monacal. Finalmente se detienen en una celda sencilla, que será la del viajero. Una mesa de madera forma parte del escaso mobiliario. El visitante deposita el saco en ella, como quien se libra de un peso infinito tras un largo calvario.

—Vos diréis, señor de Doncos, qué debo transmitirle al señor abad.

—Nada tengo que decir que vos no veáis como yo. Tenéis ojos en la cara, por más fraile capado que seáis. Mirad, por tanto.

—Os ruego que no habléis así en este recinto, consagrado al servicio de Dios...

Por toda respuesta, el viajero saca un cuchillo de la funda y corta con furia el cuero colocado sobre la

tabla. Por el desgarrón sale el hielo apretado. Egas termina de apartarlo y descubre su espantoso contenido.

El fraile deja escapar un grito de espanto, aparta la mirada y se santigua.

—¡Por el amor de Dios y de la Virgen Santísima! ¡Qué cosa inmunda traéis a esta casa!

—Ninguna que no os pertenezca. Mirad.

El visitante muestra al monje un pequeño objeto dorado. Es un anillo de oro, con un sello circular, de fina filigrana. En él sobresalen dos osos erguidos, a los lados de un pino, con las patas delanteras levantadas, arañando el tronco del árbol agreste, de ramas escasas y hondas raíces.



Egas señala, ante el asombro del fraile, el fardel cortado.

—De ahí salió la sortija, si me preguntáis de dónde; no fui yo quien lo hizo. El sello es vuestro, es el de esta casa. No hice yo esta sortija, aunque la traje de bien lejos —y prosigue, ante la boca abierta del fraile—, dos osos, o *ursos*, y un pino. Ursaria, Oseira... Ahí estaba; ahí lo encontré —señala el fardo de la tabla—, para mi desgracia, ¿veis?, para mi condenación eterna. ¿Entendéis ahora por qué quiero ver al abad?

—Dispondré que hagan con esto lo que se debe hacer, lo que es obligado —admite el fraile con repugnancia contenida, sin volver a mirar el contenido de la mesa—. Pero, la sortija...

—La sortija no se la daré a nadie. Si el señor abad quiere verla, que hable conmigo, ¿a qué esperas ahora para decírselo?

—Disculpad, señor; le informaré sin tardanza.

El fraile se persigna de nuevo y abandona la celda del caballero, cerrando la puerta, con cuidado, tras de sí.